

## Inauguración oficial del Memorial

### Evocación del profesor Ernesto Sánchez Villares

J. RIERA PALMERO

*Catedrático Jubilado de Historia de la Ciencia. Universidad de Valladolid*

*Excmas. e Ilmas. Autoridades, Sras. y Sres., queridos profesores y amigos. Buenas tardes a todos ustedes. Debo agradecer al profesor Blanco Quirós su generosa invitación para intervenir en este Memorial dedicado al profesor D. Ernesto Sánchez-Villares. La invitación que he recibido del Departamento de Pediatría, la Fundación Sánchez-Villares, es para mí un honor poder evocar, aunque sólo dispongo de breve espacio, la figura del homenajeado.*

#### LA FIGURA DE ERNESTO SÁNCHEZ-VILLARES

Don Ernesto ante todo fue una personalidad poliédrica, con muchas facetas, entre las cuales sólo me referiré a aspectos muy concretos, especialmente a mi recuerdo del maestro. De su rico legado intelectual y humano destacaría en primer lugar su vocación, mejor dicho, su enorme y honesta labor profesional por la medicina de las primeras edades de la vida, tarea a la que dedicó de forma generosa todo su esfuerzo personal. Esta actividad profesional, la Pediatría, su docencia, la asistencia y la labor investigadora en la Medicina de la infancia llenaron buena parte de su vida. Nacido en Villavieja de Yeltes (Salamanca), fue siempre leal a su tierra, Castilla y León, donde transcurrió su vida familiar, magisterio y obra personal. La clave de sus éxitos fue la constante obsesión por la Pediatría y su talento puesto al servicio de la clínica de la infancia. Todo lo que hizo y escribió tuvo siempre como trasfondo esta nobilísima pasión humana de ayuda al semejante enfermo en las primeras edades de la vida.

Mi relación académica y amistad personal se gestó primero en Salamanca, en cuya Facultad de Medicina coinci-

dimos el año 1963 hasta el traslado de Don Ernesto como Catedrático de Pediatría en 1965. Esta mutua amistad fue causa de la antigua y entrañable relación académica, familiar y humana entre Don Ernesto y mi maestro el Profesor Don Luis Sánchez Granjel. Ambos fueron condiscípulos en las aulas de la antigua Facultad salmanticense, y pertenecen, por las fechas de su nacimiento, a la misma promoción de médicos que vieron interrumpidos sus estudios de licenciatura por el conflicto bélico de 1936. Ambos, en sus respectivos campos, Don Ernesto como eminente clínico y pediatra, en tanto que Granjel como historiador de la medicina, compartieron unas mismas vicisitudes en la Universidad española de posguerra. Según me ha referido en numerosas ocasiones, en Salamanca el profesor Granjel, la amistad con Don Ernesto y José del Castillo Nicolau, gestada en los estudios de licenciatura, permaneció durante toda la vida, Granjel me decía que fueron amigos inseparables. Una dedicatoria de Don Luis S. Granjel al profesor Villares en la obra *Historia de la Pediatría Española* resume el alcance y profundidad humana de esta leal y nunca quebrada amistad. Luis Granjel dedicó el libro con estas palabras: "A Ernesto Sánchez-Villares, recordando unos días del mes de junio de 1955". Fueron esos días en que mi maestro Luis S. Granjel obtuvo por unanimidad la Cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad de Salamanca.

Desde Salamanca primero y luego en Valladolid, la Pediatría y el estudio de la infancia, fue una parte inseparable y principalísima de vida de Don Ernesto. Como refiere uno de más grandes ensayistas, críticos e historiadores de todos los tiempos, Hipolyte Taine: "Las obras del espíritu no tienen solamente al espíritu por padre. El hombre entero contribuye a producirlas; su carácter, su educación y su vida, su pasa-

*do y su presente, sus pasiones y sus facultades, sus virtudes y sus vicios, todas las partes de su alma y de su acción dejan su huella en lo que piensa y en lo que escribe". Ésta es la gran lección y la clave para entender cabalmente la vida y la obra de Don Ernesto. Todo lo que se ha dicho, en estas sesiones académicas, de la contribución del maestro como pediatra es parte inseparable de su trayectoria humana. La Pediatría para Don Ernesto fue, más que una profesión, una creencia que ha llenado toda una vida académica.*

Pertenece Sánchez-Villares a la primera promoción de la posguerra, en la que hubo que realizar un esfuerzo personal considerable para superar las enormes dificultades materiales de la vida española de esos años. Esa generación, con enorme y desinteresado tesón, hizo posible la continuidad y preparó el camino hacia el reconocimiento de la Pediatría como rama de la Medicina cada vez más pujante. A esta promoción y junto al Profesor Sánchez-Villares figuraron otros pediatras, como Miguel Cruz Hernández o Manuel Sánchez Perdiguero, entre otros. En los años cincuenta del siglo pasado la Pediatría y la Medicina de la Infancia se beneficiaron de un progreso tecnológico considerable, al rescoldo de las altas tasas de natalidad, que demandaban una mayor presencia de pediatras cualificados. Es a partir de los años sesenta del siglo XX cuando cuajaron las instituciones hospitalarias de la Seguridad Social, creación iniciada en 1942 en la España de la posguerra. Los cambios administrativos, a partir de 1960, allanaron el camino de la Pediatría española. La incorporación de la asistencia pediátrica a la Seguridad Social, y el reconocimiento de la Pediatría como especialidad, fueron cambios decisivos. Estas mejores condiciones socio-económicas en la etapa iniciada hacia 1960 no amenguan el enorme mérito de los pediatras entre los que tuvo una destacada presencia la infatigable y laudable ambición de Don Ernesto.

Recuerdo las visitas que el profesor Sánchez-Villares hizo en 1963 y años sucesivos al Seminario y Cátedra de Historia de la Medicina de Salamanca, donde yo estaba preparando mi tesis doctoral bajo la dirección del Profesor Sánchez Granjel. No sólo Don Ernesto estuvo en la Cátedra de Historia de la Medicina, también pasó la Doctora Mercedes Jacob Castillo, su esposa. En algunas ocasiones el discípulo salmantino de Don Ernesto, el profesor Manuel Crespo Hernández pasó por la Cátedra de Historia de la Medicina, fue mi primer contacto con este brillante clínico y profesor. El traslado de Don Ernesto a Valladolid en estos años, tuvo para mi vida familiar y académica unas consecuencias favorables pues, desde Valladolid, Don Ernesto allanó el camino de mi futura carrera universitaria. En más de una ocasión he reiterado públicamente la deuda impagable que

contraí con el maestro Don Ernesto Sánchez-Villares. Con motivo de mi ingreso el año 2002 en la Real Academia de Medicina de Valladolid refería cómo, gracias a la generosidad y humanismo del profesor Sánchez-Villares, pude realizar mi vocación académica al dedicarme a la Historia de la Medicina en la Facultad de Valladolid. A la sazón dije: *"No puedo silenciar la deuda de gratitud a quienes me promovieron, entre cuyos nombres dos quisiera recordar, los académicos y catedráticos que fueron Ernesto Sánchez-Villares y José Ramón del Sol Fernández, sin cuyo personal aliento no se hubiera hecho realidad mi vinculación a la Universidad de Valladolid"*. Los años pasados, cuarenta, no amenguan la exactitud y veracidad de mi anterior aserto. Si Don Luis Granjel fue mi valedor en Salamanca, en Valladolid corresponde el mérito a Don Ernesto, con quien tengo una deuda impagable por su generosa ayuda.

Cuando en 1857 con la Ley Moyano se restauró la suprimida Facultad de Medicina de Valladolid, la Pediatría estaba unida a la Obstetricia, Cátedra titulada de *Obstetricia, enfermedades de las mujeres y de los niños*. Hubo que esperar treinta años más, cuando la enseñanza reglada de la Pediatría como disciplina independiente se inició en 1887 bajo la titulación de *Cátedra de Enfermedades de la Infancia y su Clínica*, de la que fue su primer titular Luis Roa y Valdorf. Tras su jubilación dictó la docencia entre 1891 a 1906 Don Eduardo Ledo Aguiarte. A partir de 1908 ocupó la Cátedra Don Enrique Súñer Ordóñez. Con Súñer la pediatría vallisoletana adquirió nuevos vuelos, pues se le debe la creación del Pabellón de Prado de la Magdalena, destinado a escolares tuberculosos; su labor en nuestra Universidad finalizó en 1921 con motivo de su traslado a Madrid.

La Pediatría vallisoletana estuvo representada desde 1921 hasta la Segunda República por tres ilustres profesores, Enrique Nogueras y Coronas, desde 1921 a 1925, Gregorio Vidal Jordana, entre 1926 y 1933, a quien sucedería el profesor Evelio Salazar García (1902-1965). El profesor Salazar cubrió una etapa decisiva en la enseñanza pediátrica vallisoletana. Bungalés de origen, Salazar ocupó primero la Cátedra de Santiago de Compostela, desde cuya Universidad se trasladó a Valladolid, en 1933, por la vacante dejada tras la marcha a Barcelona de Vidal Jordana.

Don Ernesto tuvo el mérito de aunar las enseñanzas recibidas en Salamanca bajo el magisterio de Guillermo Arce con los precedentes y tareas cumplidas en Valladolid por su antecesor, D. Evelio Salazar García. En la ciudad del Pisuerga, con anterioridad a la llegada de Don Ernesto, se había iniciado una institucionalización de la docencia y asistencia pediátrica, con clara orientación social tanto en la creación de centros, como dispensarios, tales fueron el Pabellón

Infantil dependiente de la Diputación en convenio con la Universidad. Cuando Don Ernesto, desde Santiago de Compostela, llegó mediante traslado a la Cátedra de Valladolid, ésta era una urbe en plena expansión industrial, con una demografía que duplicaba a la de Salamanca. Valladolid retuvo al Profesor Sánchez-Villares, donde continuaría su labor docente y asistencial hasta los últimos días de su vida.

En la obra del profesor Villares cuenta no sólo lo que hizo, sino cómo lo hizo. A partir de unos recursos materiales escasos, con limitaciones asistenciales evidentes, proyectó su incansable esfuerzo, lleno de ambición por crear una escuela y un centro en el que pudiese plasmar sus objetivos en el ámbito de la Pediatría. En su vida y en su obra, inseparables, destacan muchas cualidades, como trabajo, tenacidad incansable, capacidad de liderazgo, generosidad, vocación docente, inteligencia social y emocional, virtudes que se resumen en una sola, su gran talento. Estas virtudes y su extraordinaria capacidad de trabajo hacen de Ernesto Sánchez-Villares uno de los pediatras y clínicos más eminentes de la medicina peninsular de la segunda mitad de siglo XX.

Al profesor Salazar se le debe la conversión del antiguo Pabellón antituberculoso en el Hospital Infantil que conoció Don Ernesto Sánchez-Villares, cuando llegó a Valladolid, hasta la construcción del actual Hospital Clínico Universitario. La llegada de Don Ernesto y la labor cumplida deben considerarse no sólo como la consolidación de la pediatría, sino, más aún, la creación de la Escuela actual que supone la mayor aportación de la Pediatría de la región en la segunda mitad del siglo XX. Don Ernesto incorporó nuevos medios de expresión, creó el *Boletín*, promovió en todas las vertientes la Pediatría y aglutinó con indiscutible liderazgo una de las escuelas más brillantes de la Pediatría peninsular.

## LA PEDIATRÍA SOCIAL

Esa fue una de las prioridades del ideario pediátrico de Ernesto Sánchez-Villares; aparte de sus libros, en los que subraya este valioso acercamiento a la infancia y adolescencia, conocí de viva voz su enorme interés por el niño y su entorno social. Esta razón explica y justifica plenamente su compromiso profesional y humano con organizaciones sociales a favor de la infancia como la UNICEF. En los discursos, conferencias y escritos del profesor Villares se dan cita de forma insistente estos motivos sociales de la Pediatría. El tiempo histórico de su vida le hicieron coincidir con la eclosión y afianzamiento definitivo en España de la Pedia-

tría Social, de la que el maestro fue uno de sus más firmes defensores.

En su discurso inaugural del profesor Villares dictado en el acto inaugural del curso académico 1985-86 en la Real Academia de Medicina de Valladolid (*Reflexiones en la frontera de la pediatría*), ofrece nuestro autor con brillante nitidez su concepto global y social de la medicina de la infancia. Don Ernesto refería textualmente: “*La medicina es fiel reflejo en cada momento de lo que acontece en la sociedad en la que se desenvuelve*”. Considera la importancia que los factores sociales, como las condiciones de vida, salud, crecimiento, y educación tienen en la infancia. En nuestro tiempo, señala certeramente Sánchez-Villares, se requiere el cultivo de las disciplinas que se incluyen en las denominadas *Humanidades Médicas*. El nuevo humanismo, y sigo las palabras del profesor Sánchez-Villares, el médico está obligado al conocimiento matizado de la intencionalidad, de la psicología médica, sociología médica, antropología cultural de la medicina, ética médica, antropología médica general e historia de la medicina.

Los principios de la medicina social hunden sus raíces en el siglo XIX con la eclosión de la Revolución Industrial y el llamado *Sanitary Movement* y la *Sanitary Idea*, primero en el Reino Unido, más tarde en Francia y Bélgica y en los comienzos del siglo XX en España, con la Ordenanza General de Sanidad de 1904, y sobre todo la *Ley de Protección de la Infancia de 1904*. Destacado impulsor de estas propuestas en Valladolid fue Román García Durán, gestor de nuevas instituciones a favor de la infancia. La formulación definitiva de los principios, fines y doctrina de la Medicina Social corresponde con toda justicia a Alfred Grotjhan, para quien en su *Social Pathologie*, afirma: “el médico debe estudiar el medio en el que el hombre nace, crece, trabaja, se reproduce y muere”. El entorno, la cultura sanitaria, las condiciones socioeconómicas, en suma, el entorno social, el hombre como miembro de una comunidad, son determinantes en la etiología, curso, y terapéutica de las enfermedades. Estas concepciones doctrinales estuvieron asentadas en sus comienzos en el concepto de clase social, con clara filiación social-demócrata, pero más tarde perdieron esta vinculación ideológica y adoptaron unos postulados menos ideológicos y más pragmáticos. Entre las ramas de la medicina que más se beneficiaron de esta medicina social fueron la Higiene Pública y Medicina Preventiva, y la Pediatría y Puericultura. A comienzos del siglo XX, en España destacó entre los pediatras la labor social de *Manuel Tolosa Latour*, propagador de campañas sanitarias y de educación de las madres para el cuidado de los niños. Es el gran pediatra social español del primer tercio del siglo XX, lo que le valió el sobre-

nombre de “*Apóstol de los Niños*”. Nuestra Guerra Civil, como ocurrió con otras ramas de las Ciencias Médicas, significó un retroceso para la concepción social de la medicina y de la pediatría, por eso habrá que esperar a la siguiente generación de pediatras (Suárez Perdiguero, Cruz Hernández y Caballero, entre otros), para retomar orientaciones anteriores. En este contexto de la Medicina y Pediatría españolas de la primera promoción de la posguerra es donde debe ubicarse la primera etapa de la actividad profesional y humana del profesor Ernesto Sánchez-Villares. Desde su magisterio y presidencia de la Sociedad Española de Pediatría, Sánchez-Villares promovió y apoyó decididamente en 1972, en el *Primer Simposio Español de Pediatras*, esta fructífera línea de comprensión y trabajo hacia una pediatría social.

Este enfoque amplio y cabal de la pediatría y de la infancia le llevó del plano teórico a la decidida acción en el ámbito social y asistencial. Es necesario recordar su labor en la UNICEF en Valladolid, y el enorme esfuerzo desplegado a favor de un Hospital Materno-Infantil que no llegó a ver la luz por razones adversas al deseo de Don Ernesto. Estas actuaciones le convierten en un valedor de primera magnitud de los problemas médicos y sanitarios de la infancia. Semejante ideario está en estrecha relación con la Pediatría según la concibió el profesor Sánchez-Villares. El niño como ser y persona indivisible, y la Pediatría como rama de la Medicina y Cirugía. En ésta refiere la “*Pediatría y sus especialidades*”, incluyendo, claro está, la Cirugía pediátrica. La Pediatría había pasado de ser una especialidad transversal a ser considerada en su plena concepción como una rama de la Medicina y repito las palabras de Sánchez-Villares: *Un especial modo y manera de aplicar la Medicina integral a un periodo de la vida que se extiende desde la concepción al fin de la adolescencia*.

## SÁNCHEZ-VILLARES Y LA HISTORIA DE LA MEDICINA

Con rigor debe considerarse al profesor Sánchez-Villares como historiador de la Pediatría. Su inquietud universitaria y el humanismo que resumaba su formación intelectual le llevaron desde sus primeros años en la Universidad de Salamanca a interesarse por las Humanidades Médicas, entre las que figura la Historia de la Medicina, en la que estuvo implicado como historiador de la pediatría. Su relación personal con *Luis Sánchez Granjel* y su amistad con *Pedro Laín Entralgo*, y con el entonces Rector de Salamanca, *Antonio Tovar*, son algunas de las referencias de su talante e inquietud intelectual.

Durante su dirección de los *Anales Españoles de Pediatría*, pueden revisarse los trabajos dedicados a temas históricos, y el marcado interés que mostró por la historia de la pediatría, aspecto que hasta ahora no se ha valorado. Debemos recordar su trabajo originalísimo *Historia de la Pediatría actual*, que forma parte como capítulo en la *Historia Universal de la Medicina* dirigida por Pedro Laín Entralgo. El capítulo dedicado a la Pediatría atestigua no sólo el interés de Don Ernesto por la Historia de la Medicina, sino la amplitud de lecturas y la sólida dimensión humanística de su formación pediátrica. Promovió la edición del Libro en Homenaje al Profesor Granjel, *Medicina e Historia en España*, en el que colaboró Don Ernesto con un brillante capítulo dedicado a la historia de la nutrición infantil, así como en los trabajos que solicitó y figuran en las páginas de los *Anales Españoles de Pediatría*.

Tesis doctorales sobre la pediatría española, su historia y trabajos de bibliografía y documentación pediátrica figuran en los Anales gracias a las sugerencias de Don Ernesto y su interés en la realización de esta clase de estudios. Estaba sobre todo muy interesado por los precedentes históricos de la nutrición infantil, la historia de las enfermedades de la primera infancia, los hospitales infantiles, la historia de la pediatría española, tanto en el ámbito académico como asistencial.

## EVOCACIÓN DE DON ERNESTO

Al evocar al maestro Sánchez-Villares y los años en que tuve la fortuna de recibir su impagable amistad y ayuda, siento en estos momentos una profunda añoranza del paso del tiempo, cuya fugacidad inspiró a los poetas. La vida como la sombra huidiza que nos gustaría eternizar. Hay sentimientos tan sublimes en la vida de los cuales no deberíamos hablar, uno de ellos es la añoranza del pasado.

Parece que fue ayer el 10 de abril de 1969, en una mañana de densa niebla en la ribera del río Duero, cuando desde Salamanca llegué a Valladolid, donde me recibió el claustro de catedráticos, para impartir la lección inaugural del curso 1969-1970, a la sazón era decano de la Facultad de Medicina D. José Ramón del Sol Fernández, y D. Ernesto Sánchez-Villares ocupaba el cargo de secretario de Facultad, de esto hace más de cuarenta años. A pesar del tiempo transcurrido, en el que luces y sombras tejen nuestras vidas, perdura el recuerdo y la añoranza de Don Ernesto, su persona humana, la calidad de sus enseñanzas como profesor universitario y generoso don de la amistad del que fue pródiigo entre los suyos, y que para mi fue maestro generoso,

amigo siempre leal y compañero de claustro el profesor Don Ernesto Sánchez-Villares.

Mi recuerdo de la figura humana, el clínico y maestro que fue Don Ernesto se sirve del arte de la memoria, arma de la que tanto nos valemos al evocar el pasado. Para los historiadores de profesión, la historia es fuente de enseñanza para la vida, como acuñaron los clásicos. La historia, que Tácito y luego Cicerón consideraron como *historia magistra vitae*, ha estado presente en nuestras vidas. Esta frase muy querida por los humanistas del siglo XVI, siguió viva en el Barroco castellano, retomándola el erasmista tardío Miguel de Cervantes en la primera parte del *Ingenioso Hidalgo*, cuando el propio Cervantes por boca de Don Quijote explaya un largo discurso sobre la historia de la que señala: “*émula del pasado, testigo de lo presente y advertencia de lo por venir*”. Personalmente he sido testigo de la evolución de nuestra Facultad en la segunda mitad del siglo XX. Los cambios, planes de estudio, organización y reformas universitarias no amenguan un ápice la labor y el trabajo realizado, si este trabajo se hizo de forma concienzuda. En

mi intervención sólo he glosado, de forma provisional, mi relación con Don Ernesto, todavía no disponemos de una monografía que de forma cabal reúna el rico legado de su herencia intelectual. En tanto llega este trabajo que deberían abordar sus más directos allegados y discípulos, sirvan mis modestas palabras de estímulo y acicate para que, en un futuro no lejano, se lleve a cabo esta obra que considero necesaria. Éste podría ser uno de los retos de la Fundación y de quienes nos convocan.

En este siglo XXI, las enseñanzas y el magisterio de Ernesto Sánchez-Villares, a pesar del tiempo transcurrido, siguen vivos, porque su obra y su persona han dejado una pléyade de alumnos, enseñanzas y magisterio de las que todos nosotros hemos sido afortunados beneficiarios.

Reitero mi gratitud a las Autoridades que presiden esta sesión académica, a la Fundación y a la Sociedad que organizan este Memorial y, especialmente, al Profesor D. Alfredo Blanco Quirós, a cuya invitación debo el honroso privilegio de ocupar esta tribuna. Gracias a cuantos asisten por la generosidad de su presencia.